

Testimonios y fuentes del primer filósofo proto-ortodoxo: Justino Mártir*

Resumen: Los últimos trabajos publicados sobre la biografía y las obras de Justino Mártir –Flavia Neapolis, Samaria, ca. 100-165– (M. Marcovich [1994, 1997], J. Pépin [2000], D. Rokéah [2002], Ph. Bobichon [2003], Ch. Munier [1995/2006]), muestran deficiencias en el enfoque y estudio comparado de fuentes y testimonios sobre el apologeta, que aconsejan una mayor atención en el encuadre general del autor y el análisis comparado de las fuentes y testimonios en relación con las noticias bizantinas (*Bibliotheca* de Focio, 125), *Actas de los mártires*, Eusebio de Cesarea y escritos judíos (*Talmud de Babilonia*), para poder sacar provecho de las obras que se conservan de Justino (*Apologías* y *Diálogo*) o de aquellas cuyos títulos se poseen, aunque han desaparecido sus originales (*Tratado contra todas las herejías*, *Tratado contra Marción*). La gravitación de estos últimos escritos, sin embargo, en las obras posteriores, es de gran importancia para poder avanzar en el conocimiento de la personalidad y significación de Justino de Roma en su carácter de primer representante ortodoxo de la filosofía cristiana.

Palabras clave: Padres apologetas, Justino de Roma, filosofía cristiana, Eusebio de Cesarea

Abstract: The last published works on the biography and work of Justin Martyr –Mártir –Flavia Neapolis, Samaria, ca. 100-165– (M. Marcovich [1994, 1997], J. Pépin [2000], D. Rokéah [2002], Ph. Bobichon [2003], Ch. Munier [1995/2006]) – show flaws on the approach and comparative study of sources and evidence about the Apologist. Such works demand higher attention to the general framing of the author and a comparative analysis of sources and evidence in relation to byzantine news (Photio's *Bibliotheca*, 125), *Acts of the Martyrs*, Eusebius of Caesarea and Jewish writings (*Talmud Baveli*) so as to make the most of Justin's work that remain today (*Apologies* and *Dialogue*) or those works whose titles are kept even though the originals have been lost (*Treatise Against all Heresies*, *Treatise against Marcion*). The influence of the last writings on latter works, however, is quite important in order to achieve an understanding of the personality and significance of St. Justin of Rome as the first Orthodox representative of Christian philosophy.

Keywords: Apologist Fathers, St. Justin of Rome, Christian philosophy, Eusebius of Caesarea

* Cf. M. MARCOVICH, *Iustini Martyris Apologiae* (introd., texto crítico y notas de Walter de Gruyter), Berlín - New York, 1994; *Iustini Martyris Dialogus cum Tryphone* (introd., texto crítico, notas de Walter de Gruyter), Berlín - New York, 1997; J. PÉPIN, "Iustinus", *Dictionnaire des philosophes antiques* III (2000) 983-988; D. ROKÉAH, *Justin Martyr and the Jews*, Leiden, Brill, 2002; P. BOBICHON, *Dialogue avec Tryphon*, 2 vols., Academie Press Fribourg, 2003; C. MUNIER, *Justin martyr apologie pour les chrétiens*, Paris, Cerf, 2006.

A mediados del siglo IX, en torno al año 855, cuando el Patriarca Focio de Bizancio redactaba su inmensa *Biblioteca*, entre las doscientas ochenta noticias que componen los materiales de la obra, se incluye una, la correspondiente al códice 125, en la que todavía se mantiene viva y vigente la memoria de san Justino Mártir y se confirma que en aquellos años se conservaban todavía varias de sus obras que posteriormente han desaparecido y de las que el Patriarca ha leído más de media docena.

Dice así el pasaje del erudito recopilador –si por un lado figura controvertida por su responsabilidad en el Cisma de Oriente, por el otro, uno de los más brillantes protagonistas del renacimiento cultural bizantino–:

«Leída de Justino Mártir una *Apología por los cristianos*, un libro *Contra los paganos* y otro *Contra los judíos*, así como también otro tratado *Contra el primero y el segundo libro de la Física*, o sea, contra la forma, contra la materia y contra la privación, libros de argumentaciones ajustadas, vigorosas y aprovechables. Igualmente y del mismo modo, otros *Contra el quinto cuerpo* y *Contra el movimiento eterno* que Aristóteles hizo manifiesto mediante la potencia de sus razonamientos, y también sus *Soluciones sumarias a las dificultades que se oponen a la religión*. El autor ha alcanzado el ápice en cuanto al conocimiento de nuestra filosofía y de la ajena, desborda de erudición y de riqueza de datos históricos; pero en lo que se refiere a los afeites retóricos carece del afán de adornar la belleza que es connatural a su filosofía. Por esto también sus discursos que son tanto recios como sostenidos en el nivel científico, no rezuman los atractivos que provienen de aquel arte ni tampoco atrapan a sus muchos lectores por su atracción ni su encanto.

Ha compuesto cuatro tratados contra los paganos. El primero lo ha dedicado a Antonino, llamado el Piadoso, a sus hijos y al Senado, y el segundo a sus sucesores. En el tercero ha discutido sobre la naturaleza de los demonios. Su cuarta obra, asimismo compuesta contra los gentiles, tiene por título *Refutación*. El tratado *Sobre la monarquía divina*, el denominado *Sobre el Salterio* y el *Contra Marción* le pertenecen y son indispensables, igual que el útil tratado *Contra todas las herejías*. Fue hijo de Prisco, hijo de Braquio, y su patria de nacimiento fue Neápolis de la provincia de Palestina y pasó parte de su vida en Roma. Su enseñanza, su existencia y su porte exterior eran los de un filósofo. Tenía una adhesión fervorosa a la piedad religiosa y

tuvo como opositor de su vida y de su religión a un cierto Crescente, perteneciente a los llamados cínicos. Víctima de una acusación falsa, puso dignamente la trampa al servicio de la elección que había gobernado toda su vida, ya que en ella encontró una ocasión de poder ofrecerse al martirio y sufrió la muerte por Cristo de una manera transparente y jubilosa»¹.

No se ha conservado, lamentablemente, ninguna biografía directa de Justino de Roma, no obstante el afecto y la admiración que le deparaban algunos de sus discípulos inmediatos, como el sirio Taciano lo declara en su *Discurso contra los griegos*, cuando se refiere al «admiradísimo Justino» y el mártir Evelpisto poco antes de ser ajusticiado junto a su maestro y otros compañeros, como consta en las *Actas de los mártires*: «De Justino, yo tenía el gusto en oír las doctrinas; pero el ser cristiano también a mí me viene de mis padres».

Focio orienta, asimismo, hacia la actividad docente de Justino en Roma, habiendo establecido aquí escuela doméstica, lo que el último libro también registra acerca de las declaraciones personales sobre su enseñanza:

«El prefecto Rústico dijo: –“Dime dónde os reunís, quiero decir, en qué lugar juntas a tus discípulos”. Justino respondió: –“Yo vivo junto a cierto Martín, en el baño de Timiotino, y ésa ha sido mi residencia todo el tiempo que he estado esta segunda vez en Roma. No conozco otro lugar de reuniones sino ése. Allí, si alguien quería venir a verme, yo le comunicaba las palabras de la verdad”»².

La noticia personal y los datos sobre Justino que proporciona un intérprete bizantino tardío, particularmente atento a la lectura de manuscritos, permiten que el lector tome rumbo con seguridad por los títulos de las obras aludidas, hacia una figura cristiana que ha sido ante todo conocedor a fondo de la filosofía griega, puesto que, como pensador cristiano, se advierte que defiende su propia filosofía basada en la experiencia del Logos encarnado o Verbo, frente a paganos y judíos, pero sobre todo, que ha dedicado trabajos específicos a refutar a Aristóteles y los peripatéticos, lo que comienza a per-

¹ Cf. R. HENRY (ed.), *Photius, Bibliothèque*, II, Paris, Les Belles Lettres, 1960, pp. 97-98.

² “Martirio de San Justino y sus compañeros”, en *Actas de los mártires* (introd., trad. y notas de D. Ruíz Bueno), III, 2-3, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1968, pp. 312-313.

filar el retrato de un pensador cristiano de formación platónica. La lectura directa de varios libros de Justino le permite a Focio evaluarlos estilísticamente, así como señalar su valor informativo y filosófico e, igualmente, facilitar a continuación un pequeño resumen sobre la vida y obra de Justino que recoge el conocimiento directo que ha debido tomar de datos escolares que encontraba a mano, ya que se pueden descubrir esparcidos en otras reseñas antiguas más amplias, como las que se han conservado por otros escritores – como el historiador de la Iglesia, Eusebio de Cesarea (siglo IV)–, o en fuentes más sucintas, como las *Actas de los mártires* cristianos, según se ha advertido.

Focio, por tanto, confirma brevemente datos que precisan el cuadro biográfico que diseña, pero, además, aporta observaciones que dan relieve a otros, como su dominio total de la filosofía, tanto profana como cristiana, y la piedad religiosa que profesaba. Es decir que, según Justino, en el verdadero filósofo, doctrina racional y vida de piedad constituyen unidad y, tratándose de pensamiento cristiano, teoría y práctica religiosa son indisolubles. Asimismo, el Patriarca sostiene que su adhesión a la convicción cristiana de los mártires es la que lo llevó a su conversión a Cristo.

Lo escrito por Focio es la confirmación de que la figura de Justino seguía siendo de gran significación para la tradición de los cristianos bizantinos, así como para la historia toda del cristianismo, y esto debido a la atracción de su identidad filosófica y cultural y de su fervor religioso.

Pues bien, si Focio, en su propósito de restauración de las fuentes antiguas clásicas, tanto cristianas como gentiles, alcanzaba a poner de relieve junto con la lista de las obras de Justino que ha leído, otras, cuyos títulos ha conocido y pueden realzar sus cualidades personales de varón culto, erudito, filósofo preciso y santo –y que, ya entregado al servicio cristiano, confía solícito en los beneficios de la gracia que ofrece el martirio al creyente–, Eusebio, Obispo de Cesarea, por su parte, ponía de relieve atributos similares de Justino, pero no como el resumen autónomo correspondiente a un personaje –característica propia del género de registro historiográfico de la *Biblioteca* fociana, que va pasando de un cuadro biográfico a otro según el orden de lectura de los materiales examinados–, sino subordinando la presentación del personaje a un fin historiográfico previo, esto es, la preocupación por el sentido de la historia que conduce al redactor de una *Historia de la Iglesia*, en tanto registro y descripción objetiva de una sucesión de hechos temporales a los que subyace un designio ordenador, marcado por el fin de la salvación de la humanidad querido por Dios a través de la encarnación de su Hijo, Jesucristo. Dentro de esta economía salvífica, el hecho de la apa-

rición de las herejías –fenómeno entendido como una nueva prueba, en este caso interna, para la expansión cristiana, una vez superada la externa de las persecuciones–, es considerado por Eusebio otro ingrediente insustituible en el desarrollo de la historia; por ese motivo, representa un eje fundamental sobre el que se desarrollan los acontecimientos de la vida de Justino, que aparecen en cuatro momentos diferentes en esta obra de Eusebio.

Eusebio de Cesarea ha sido un estudioso consciente y un trabajador infatigable, que ha podido utilizar para sus investigaciones historiográficas un material copioso, reunido especialmente en Cesarea, en la selecta biblioteca del insigne Orígenes de Alejandría; un conjunto de libros copiados, cuidados durante años, ampliado su número y calidad por Pánfilo de Berito (Beirut), a quien el mismo Eusebio, al ser consagrado Obispo, nombrará oficialmente cuidador del valioso repositorio de manuscritos³.

De acuerdo con estos datos anticipados, el Justino que nos ofrece Eusebio, sin contradecir los aspectos centrales de la descripción del personaje que facilita Focio, revela aspectos de su personalidad que se perfilan sobre el fondo de los tiempos históricos que le fueron contemporáneos y los que le siguieron cronológicamente.

Hemos señalado que Eusebio dedica a Justino cuatro menciones especiales. Con la primera, emplaza su actividad dentro del cuadro general de la historia de las herejías que él mismo está consolidando. En dos capítulos del libro II de la *Historia de la Iglesia*, el trece y el catorce, describe las informaciones que Justino proporciona sobre Simón Mago y sus andanzas en Roma, enfrentado a Pedro en tiempos de Claudio César (41-54)⁴. Originario de la aldea de Gitón, emplazada a unos diez kilómetros de distancia de la patria natal de Justino, Flavia Neápolis, insinúa igualmente la paternidad de Simón –semejante al Simón que aparece en los *Hechos de los Apóstoles* y experto en magia– de las restantes herejías que también éste enumera. Amplía la noticia Eusebio utilizando conocimientos que provienen de testimonios judeocristianos y de san Ireneo, sosteniendo rotundamente que Simón ha sido «el primer autor de toda herejía», haciendo también referencia a la inferioridad de Simón res-

³ Sobre Pánfilo y su afición a los libros de Orígenes, ver S. JERÓNIMO, *De viris illustribus*, 75. Cf. R. GOULET, “La conservation et la transmission des textes philosophiques grecs” y M.-O. GOULET-CAZÉ, “Deux traités plotiniens chez Eusèbe de Césarée”, en C. D’Ancona (ed.), *The Libraries of the Neoplatonists*, Leiden, Brill, 2007, pp. 29-61 y pp. 63-97, respectivamente.

⁴ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, II, 13-14, en *Historia Eclesiástica* (introd., trad. y notas de A. Velasco Delgado), I, Madrid, 1973, pp. 84-88.

pecto de san Pedro, quien lo puso al descubierto, prevaleciendo sobre él. Más adelante, insiste Eusebio en que Justino señala igualmente a Menandro de Caparatea como el primer discípulo de Simón, mostrando rasgos peculiares de doctrina, lo que deriva tanto de la lectura de la *Apología* de Justino, como de informaciones transmitidas por Ireneo de Lión, según él mismo lo señala. Y tanto en esta ocasión como en la anterior⁵, se pone de relieve el influjo diabólico sobre la conducta de los heresiarcas, un rasgo que es estudiado a fondo por el mismo Justino en su doctrina de los demonios.⁶

En las noticias que prosiguen, empero, Eusebio trata de proporcionar informaciones precisas sobre Justino en relación con los gnósticos y la propia existencia personal. Cuando se muestran en Roma los cabecillas de la gnosis, Simón y Menandro, ya nombrados, y las corrientes de Saturnino y Basílides, uno sirio y el otro egipcio, durante el gobierno del Emperador Adriano (117-138), Justino, «sincero enamorado de la verdadera filosofía», florece contemporáneamente en la misma ciudad. Había nacido en Flavia Neapolis (la bíblica y samaritana Siquem y actual Neplusa, próxima al monte Garizim), en la provincia de Palestina. Habiendo presenciado el valor de los cristianos al ser conducidos a los más terribles suplicios por Barkokebas durante el tiempo de la segunda guerra judía (133-135), y negándose a renegar de Jesucristo, a pesar de ser calumniados, ve en estos actos la prueba de la autenticidad y fortaleza de su fe, y toma la decisión de abandonar la filosofía platónica y de convertirse al cristianismo⁷.

Pero enseguida abunda Eusebio en nuevos datos. Justino ha llegado a Roma habiendo comenzado el gobierno de Elio Adriano y pronto ha establecido escuela. Por la misma época, aunque probablemente un poco antes, otros maestros vinculados al cristianismo, asimismo conocidos –Valentín, Cerdón y el discípulo de este último, Marción del Ponto–, se han radicado en la Ciudad Eterna, cada uno con propósitos diferentes, y ofreciendo enseñanzas que difieren de las de Justino. Para ser más precisos con la cronología,

⁵ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 26.

⁶ Ver F. GARCÍA BAZÁN, “Justino de Roma, el primer filósofo católico”, en *VIII Seminario de Estudios Patrísticos*, Facultades de Filosofía y Teología, Pontificia Universidad Católica de Chile, 10 al 13 de agosto de 2010, conferencia inaugural; cf. *Teología y Vida* 52 (2011).

⁷ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, IV, 8, 3-5. El fondo último de la decisión está bien explicado por el mismo Justino en 2 *Apología*, 11-12, en relación con la elección de Heracles que narra Jenofonte, pues elige lo que no agrada y es permanente (la virtud), frente a lo que agrada y es efímero (el vicio), del mismo modo que los cristianos eligen el martirio que da la eterna felicidad. Ver F. GARCÍA BAZÁN, “Justino de Roma, el primer filósofo católico”, n.º 7.

Valentín y Cerdón se han instalado en Roma en tiempos del Obispo Higinio, el noveno de los obispos romanos (138-142); durante el siguiente pontificado, el de Pío I (142-157), ha florecido Valentín y ha permanecido allí hasta la época de Aniceto (157-166). Igualmente Marcos, de la escuela de Valentín, los siguió por aquí.

Es también Justino el que, como «embajador del Logos divino y defensor de la fe en sus escritos, en la figura del filósofo» (*en philosophou schémati presbeyon ton theïon lógon kai toís hypér tes písteos enagonizómenos syngrámmasin*), subrayando la diferencia que existe entre su doctrina filosófica y la de los expositores anteriormente nombrados, escribe libros contra los herejes –el *Contra Marción* y el tratado *Contra todas las herejías*–, para el esclarecimiento de la fe de los cristianos que aquí residen guiados por los obispos Higinio y Pío, ya mencionados; y una vez que el influjo de su presencia ha crecido en la metrópolis, escribe obras relevantes que quedarán como representativas de su producción filosófica. Escritos, sin duda, maduros desde el punto de vista de su propia profesión magisterial, y algunos de los cuales se han conservado. A este período fecundo y completo pertenece, pues, la extensa *Apología* –una demanda oficial dirigida al Emperador–, dividida en dos partes, conocidas como primera y segunda *Apologías*, redactada en torno al año 150, que ha dirigido al Emperador Antonino Pío, a sus hijos, Marco Aurelio, futuro Emperador, y al que será su sucesor, Lucio Vero, y el célebre *Diálogo con Trifón*, un rabino judío, cuyo nombre habría sido Tarfón, que es el interlocutor del intercambio de ideas, obra que también data de esta época, pero que es un poco posterior (ca. 157) y marca algunos rasgos más aguzados del pensamiento cristiano de Justino, inseparables de la exposición apologética –así como refleja las relaciones religiosas por momentos tensas que, durante los siglos I y II, hubo entre judíos y cristianos por iniciativa de la corriente rabínica predominante de los primeros, cuando se conforma la academia de los sabios en Jamnia, que llevará a la canonización de la sagrada Escritura judía–. Posteriormente, y concluidas las persecuciones, el signo de esta iniciativa cambiará en dirección contraria, o sea, en favor de los cristianos. Eusebio trata de corroborar sus informaciones facilitando breves fragmentos de ambos escritos, *Apología* y *Diálogo*, los que también ha citado Ireneo de Lión, y por los que se puede haber orientado en su redacción.

Llegado el momento, Justino también sufre el martirio con feliz convicción, en el año 165, bajo el pontificado de Aniceto; un acontecimiento que no considera infausto y que había incluso previsto que le podría suceder teniendo en cuenta las maquinaciones que contra él urdía su rival Crescente,

filósofo de la escuela cínica, cuya posible concurrencia había sido alterada y su amor propio lastimado⁸.

En su crónica, Eusebio de Cesarea pone de relieve la firme posición de Justino como baluarte contra las *herejías* –en realidad, el auténtico creador e impulsor del género heresiológico en el área de la teología latina–, aunque basándose, no tanto en las ideas de Justino –que las tenía bien claras al respecto–, sino en los conceptos a la sazón exitosos y triunfantes que provienen de las tesis contenidas en las obras antieréticas de Ireneo de Lión, el *Contra los herejes* (180), y de Clemente de Alejandría, las *Stromata*, los *Extractos de Teodoto* –otro escritor valentiniano– y las *Hypotypóseis*.

Pero también Eusebio en su crónica heresiológica tiene en cuenta al autor y polemista judeocristiano Hegesipo, del que utiliza varias citas correspondientes a sus *Apuntes (hypomnémata)*, redactados de memoria y acompañados de sus interpretaciones personales, antes del 180. Esto último le proporciona al historiador eclesiástico materiales más antiguos que los de Justino, pertenecientes, además, al medio palestinese, y que reflejan la situación de los cristianos seguidores de los parientes próximos de Jesús de Nazaret durante la segunda mitad del siglo primero de la era vulgar. Facilita de este modo noticias acerca de: a) el martirio de Santiago el Justo⁹; b) la sucesión de Santiago continuada por el hijo de Cleofás, Simeón bar Klopas, primo hermano de Jesús el Nazareno¹⁰; c) la familia carnal de Jesús y descendientes y las primeras disensiones cristianas¹¹; d) el martirio de Simeón bar Klopas, primo y testigo del Señor –martirio que se le inflige por ser descendiente de David y cristiano y e) la aparición descubierta de la falsa gnosis¹². Algo mayor que Justino e igualmente visitante de la ciudad de Roma, Eusebio habría combatido a los herejes en Palestina¹³, como Agripa Castor en Alejandría habría refutado a Basílides¹⁴, probablemente en ambos casos antes que Justino. Esta última afirmación contendría un triple significado: que los judeocristianos no sólo habían sido combatidos por los fariseos rigoristas, sino que también ellos combatieron a otros grupos a los que consideraron disidentes (*minim*) o «herejes» y dejaron así un

⁸ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, IV, 11,8-11 y IV, 16, 1-18, 10.

⁹ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, II, 23, 3-19.

¹⁰ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 11-12.

¹¹ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, II, 19-20.

¹² Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 32, 1-8.

¹³ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, IV, 8, 1-2.

¹⁴ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, IV, 7,6-8. El testimonio de san Jerónimo, *De viris illustribus*, 23, apenas agrega a lo que sabemos alguna pequeña anécdota sobre el cínico Crescente.

sello polémico (las «siete sectas»: Hegesipo, Justino, Epifanio), pero también el reconocimiento de una confluencia anterior de grupos y el dato histórico del origen de las «herejías» que, como interpretación considerada disidente, es rechazada: el caso concreto de Tibutis. Justino, sin embargo, se distingue de los demás, porque, filósofo antes que polemista y visualizador de la esencia filosófica que encierra el vínculo entre la fe y la razón juntamente con la construcción de la mentalidad episcopal que lo respalda colectiva e institucionalmente, no sólo está capacitado para mostrar las limitaciones en relación con el cristianismo y al mismo tiempo el valor del pensamiento griego, sino, asimismo, los anticipos proféticos del Nuevo Testamento en el Antiguo y los graves riesgos que podría correr la doctrina cristiana transmitida por la versión protocatólica y la forma de vida religiosa adoptada, si se optara por enseñanzas y prácticas como las propagadas por aquellos que denomina «herejes», un conglomerado de interpretaciones que difieren nítidamente de las posiciones protocatólicas y que por eso pueden ser señaladas, expurgadas y erradicadas.

A lo expresado debe agregarse que el conocimiento del pensamiento y de las prácticas religiosas judías de Justino es amplio, y que se mueve dentro de la diversidad de las interpretaciones que circulaban en las sinagogas y no en las escuelas de los sabios, que eran más restringidas doctrinalmente. Las versiones de los *targumín* palestinos dan cuenta de estas diferencias, y las extendidas disputas sobre «las dos potencias en el cielo» en relación con los plurales utilizados en los textos del Pentateuco y la coexistencia de la Sabiduría (*Hotmáh*) y la Palabra (*Logos/Memrá*) con Dios, confirman, no sólo los buenos conocimientos de este tipo de judaísmo por Justino, sino también su misma concepción del Verbo transcendente en paralelo con el Prólogo del *Evangelio de Juan*. Todo esto parecería corroborar que formó parte de los grupos de prosélitos o «temerosos de Dios» que acudían con constancia a las sinagogas¹⁵.

El estudio comparativo de la gran *Apología* y del *Diálogo con Trifón*, diferentes pero unidos en el pensamiento de Justino, no sólo necesita incluir el estudio de los testimonios y las fuentes que nos han llegado sobre este autor, sino asimismo la presencia de los tratados antiheréticos que subyacen a ellos –el *Tratado contra todas las herejías* y el *Tratado contra Marción*–, un material

¹⁵ Así se puede deducir de su gentilidad (*Apol.*, 53, 3-4). Sobre su buen conocimiento del judaísmo de la época, de rica diversidad en las enseñanzas de las sinagogas, ver: D. BOYARIN, *Berderlines. The Partition of Judaeo-Christianity*, Philadelphia, 2004, pp. 37-73; asimismo, G. N. STANTON, “Justin Martyr’s Dialogue with Tryphon: group boundaries, ‘proselytes’ and God-fearers”, en G. N. Stanton, G. G. Stroumsa (eds.), *Tolerance and Intolerance in Early Judaism and Christianity*, Cambridge University Press, 1998, pp. 271-273.

de exigido empleo para poder justificar y ratificar, según lo hemos mostrado recientemente, que Justino de Roma se presenta en la historia de la cultura occidental como el primer filósofo católico, bajo el siguiente perfil.

Justino Mártir es el primer escritor cristiano que ha sostenido el vínculo inseparable entre la fe y la razón. En este sentido, ha afirmado la naturaleza universal y única del pensamiento cristiano y por ello le corresponde el título legítimo de primer filósofo católico. La declaración implica dos supuestos: la admisión de elementos aceptables en las enseñanzas de la gentilidad (helénica y bárbara) y el reconocimiento de anticipos cristianos en la Ley judía y los profetas (Sagradas Escrituras del A.T. y Libros proféticos). No existe ruptura entre lo antiguo y lo nuevo, sino respeto y superación. La Palabra divina incorporada, creadora y en función del Espíritu profético (en Dios y en el tiempo), es el eje que articula este gran ensamblaje reflexivo. Su captación exige la disolución de la herejía como cuerpo extraño, que se opone a la potencia divina al servicio de su contrapotencia (Satanás –*Satá-nash*, «la serpiente que se aleja»– y los demonios), y requiere la asimilación progresiva de la filosofía gentil y de la fe de los judíos, así como el conocimiento de la identidad cristiana frente a griegos y judíos. La piedad humana manifestada en el culto y la moral son esclarecidos por la filosofía y le son complementarios, pero no interiores a ella. Por esto, ser filósofo católico supone al mismo tiempo en Justino ser el fundador de la heresiología racionalmente justificada y de una nueva apologética, a diferencia de Cuadrato y Aristides, que es tanto demostración de la propia identidad como mensaje misionero, bajo la forma del protréptico filosófico.

Francisco GARCÍA BAZÁN